

## LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA CAMINOS PARA LA INTEGRACIÓN CARIBEÑA

Yolanda Wood\*

La integración es palabra del día, pero fue pensada en el Caribe desde los tiempos en que se construía la independencia de los pueblos latinoamericanos y repensada cuando esos procesos se extendieron a otros países de las islas hispanohablantes. La voluntad de integración tiene raíces históricas en el continente. Artífices fundamentales del pensamiento y la acción en las islas la concibieron asociada a la liberación del yugo colonial, como una posibilidad para fortalecer nuestra capacidad de avanzar en proyectos comunes que reforzaran la autodefensa y la acción colectiva entre países grandes y pequeños, todos amenazados por una fuerza mayor que avanzaba con *botas de siete leguas*.

El Caribe no era un término al uso en el lenguaje geopolítico del siglo XIX. Al pensar en proyectos de alianza y confederación regional, grandes hombres como Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos y José Martí se refirieron a las Antillas: *islas dolorosas del mar*, las llamó el Apóstol de Cuba en su texto emblemático “Nuestra América” (1891); Repúblicas Antillanas, las designó Betances, y Hostos las pensó integradas en la Federación Antillana. Las islas de habla hispana, aunque ya lograda la independencia de los territorios continentales, continuaban aún sumidas en el *status* colonial, por lo que esos procesos se apreciaban como potencialmente importantes, no sólo entre ellas sino en los territorios centroamericanos y los continentales de Suramérica.

Hoy, en nuevas circunstancias histórico-sociales, el Caribe constituye un espacio que se autodefine por su propia complejidad, en el que conviven diversos orígenes y una multiplicidad lingüística, donde se encontraron culturas de distintas procedencias, situadas en contextos de máxima estratificación social y racial, en el que cohabitan diferentes formas de organización política; en tal contexto, pensar la integración es un reto de la mayor envergadura. En ese

\* Profesora titular del departamento de Historia del Arte de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, Cuba. Sus principales líneas de investigación son Historia del Arte, Arte del Caribe y Estudios caribeños.

escenario, la integración supone un rompimiento de barreras, creadas a través del tiempo entre territorios tan cercanos y lejanos, muros reales y ficticios, erigidos sobre los pasos estrechos que separan y unen la dispersa geografía regional, y más allá, si se piensa en una cartografía abarcadora que incluya también a los territorios costeros continentales en la dimensión ampliada de la cuenca del Mar Caribe.

Ahora, más que nunca, se hace necesario que en los caminos de la integración regional se sitúen la educación y la cultura como pilares fundamentales de una conciencia colectiva y de la comprensión del justo significado de los valores que compartimos en la noción de Caribe insular o de Caribe insular-costero continental, el Gran Caribe, como suele llamarse a esa proyección expansiva en función de la evidencia y la significación de los procesos comunes que han tenido, y tienen lugar, entre las islas y sus territorios más cercanos. Por eso, la geografía humana y la antropología social y cultural resultan fundamentales al servicio de la comprensión de cómo los espacios geográficos se interconectan, se contraen y se expanden en función del tiempo histórico. Se diría una geopoética del Caribe identificada por la cualidad humana y cultural que engarza sus espacios y los determina. Con palabras de Édouard Glissant, decimos Antillanos Caribeños... todos lo mismo.

#### COMENZAR DESDE LOS ORÍGENES

*Nuestros primeros padres* es el título de uno de los libros fundamentales de Manuel Galich (1913-1984). Con ese enunciado, el autor de origen guatemalteco reverenció a los pobladores antiguos de estos pueblos, y entre ellos a los arahuacos insulares y otras comunidades que habitaban las islas y que fueron los verdaderos fundadores de las comunidades caribeñas, los pueblos originarios que a través de procesos migratorios, desde el continente hasta Las Antillas, crearon los caminos para los primeros encuentros de culturas. Fue con esos movimientos e interconexiones que se inauguró la verdadera historia del Caribe innombrado, como también de la América toda, cuando esos espacios entraron en la geografía euro-occidental durante los tiempos llamados de los “descubrimientos”. Para las islas del Caribe, que fueron el primer espacio de contacto de los naves del Almirante Cristóbal Colón con las nuevas tierras, ese acontecimiento tuvo el carácter de un impacto y el inicio de un trauma antropológico marcado por el signo de la asimetría cultural y el conflicto de la alteridad, que paulatinamente se extendería hacia todas las tierras americanas.

Entonces la escritura impuso sus reglas, y la historia contada por los otros se convirtió en la historia de nosotros. Impulsar el estudio de ese tronco

común continental-antillano es un modo de engarzar, histórica y socialmente, las islas a la tierra mayor americana y comprenderlas como parte de una cultura originaria que eslabonó los territorios, aun cuando en las islas parezca casi desaparecida en nuestros días, así como los hombres y mujeres portadores de esa ancestralidad. Superar la fragilidad histórica de ese aparente vacío a la llegada de los conquistadores es un imperativo para una integración constitutiva, originaria también, no sólo entre las islas mismas, sino entre ellas y los pueblos que habitan la masa continental. Martí lo dijo con palabras poéticas y sencillas en “Nuestra América”, al colocar al Gran Semí<sup>1</sup> en el lomo del cóndor, regando la semilla de la América nueva por las tierras continentales al sur del Río Bravo hasta Magallanes, incluidas las islas dolorosas del mar. Pensaba el Apóstol, al concluir este texto imprescindible con esa frase, que “sonaba el himno unánime”, que ese sonido le llegaba desde lo primigenio americano por sus referentes a la naturaleza endémica y a la mítica originaria de estos pueblos (el cóndor y el semí).

Por eso, los cimientos de la integración deben comenzar desde los orígenes. Antonio Núñez Jiménez (1923-1998), investigador cubano, realizó un viaje de redescubrimiento entre los años 1987-1988, cuando estaban próximos a conmemorarse los quinientos años de la llegada de Cristóbal Colón. Con un equipo de expertos y la colaboración de varios países, realizó la hazaña de remontar los caudalosos ríos suramericanos, según el trayecto posible de aquellos que, desde el corazón mismo de la tierra americana, se desplazaron hasta las islas antillanas, las nombraron y las habitaron. La expedición se denominó “En canoas del Amazonas al Caribe”. Comenzó en Ecuador y concluyó en San Salvador, Bahamas. En ese viaje a la inversa, aparentemente, se estaba reconstruyendo la historia *nuestroamericana*. El inspirador de esta hazaña enunciaba los objetivos de la aventura científica del modo siguiente:

Primero, reeditar cómo pudo haber sido el viaje de las tribus prehistóricas procedentes de la América del Sur que descubrieron el Caribe y sus islas. Esta finalidad se logró el día 18 de agosto al cruzar en canoa y a remo la Boca Grande del Dragón, entre la costa norte de Venezuela y la Isla de Trinidad, en el Caribe, por donde se continuó a lo largo de las Antillas Menores y Mayores; segundo, la realización de investigaciones científicas en los campos sociales y naturales, y en los que han participado geógrafos, geofísicos, botánicos, zoólogos, antropólogos, arqueólogos, sociólogos y de otras disciplinas, así como técnicos y artistas; tercero, dar un paso concreto en la unidad latinoamericana, objetivo logrado con la participación de

<sup>1</sup> Se denomina Semí (puede encontrarse escrito también con C o Z) a las fuerzas y energías representadas en las deidades indígenas de los pueblos arahuacos insulares.

numerosos delegados de Ecuador, Perú, Colombia, Brasil, Venezuela, Puerto Rico, República Dominicana, Cuba y otras naciones de las Antillas Menores (1988: 80).

Como podrá apreciarse en el tercero de los objetivos, no escapaba a Núñez Jiménez y a su equipo la enorme importancia de reeditar este itinerario para contribuir —con las evidencias—, a la “unidad latinoamericana”, y al engarce de historias pasadas, pero comunes. Acontecimientos como éste deben adquirir mayor presencia en la formación, en los centros de enseñanza y en la difusión cultural, de modo que se favorezca la mejor comprensión de que si la integración es palabra del día, no es solo porque razones circunstanciales así lo propician, sino porque a través de la historia estuvimos integrados en procesos fundadores de pueblos e identidades.

La educación y la cultura son dos temas claves en la agenda de la integración caribeña, para poder sustentar las fuentes constitutivas de nuestra transversalidad histórica. Son muchos los sentimientos y pensamientos, las acciones y las reacciones, que ya se han constituido en el basamento de las culturas inclusivas del Caribe. La educación y la cultura son caminos para revelarnos, a nosotros y a otros las cualidades de este lugar del mundo donde todos llegaron —en circunstancias precisas y diferentes— y llegaron de algún lugar.

#### PUENTES CULTURALES EN EL CARIBE

La convocatoria internacional de conmemoraciones y acontecimientos, indicativa de fechas de la memoria colectiva en los países caribeños, constituye un elemento fundamental para construir puentes entre las islas. Pero al pensar en la educación y la cultura como caminos para la integración, no se trata sólo de la dimensión puntual —importante— de eventos ocasionales; bien que ellos son siempre una posibilidad para el intercambio productivo y presencial; se trata, sin embargo, de alcanzar la sistematicidad en la orientación científica del conocimiento sobre el Caribe y su estabilidad en la formación de nuevas generaciones.

El proyecto de la UNESCO: “La ruta del esclavo: resistencia, libertad, patrimonio” ha puesto en valor los sitios y la historia de esa memoria compartida, fundamentalmente asociados a ese acontecimiento que identifica y cualifica al Caribe, la trata y la esclavitud; pues si bien —como ha indicado la escritora cubana Nancy Morejón—, la presencia afro en América supera en extensión el espacio caribeño, en su noción amplia de cuenca, el corazón de Afroamérica (cfr. Morejón, 2004: 5-27) —ha dicho— se encuentra en el Caribe. El proyecto, iniciativa de Haití en 1994, se propuso romper el silencio sobre lo que significó ese movimiento humano monumental y evidenciar sus

implicaciones en diversas facetas de la vida social y cultural a escala regional y mundial. Así definió sus objetivos:

- Contribuir a una mejor comprensión de las causas y modalidades de funcionamiento de la esclavitud y la trata negrera, así como de las problemáticas y consecuencias de la esclavitud en el mundo (África, Europa, Américas, Caribe, Océano Índico, Oriente Medio y Asia);
- Evidenciar las transformaciones globales y las interacciones culturales derivadas de esta historia;
- Contribuir a una cultura de paz propiciando la reflexión sobre el pluralismo cultural, el diálogo intercultural y la construcción de nuevas identidades y ciudadanías (“La ruta del esclavo”).

Por la índole de sus intenciones, este programa de largo alcance y con amplia participación de naciones implicadas en el tema ha puesto el énfasis en aspectos de la memoria y de los legados compartidos en la región del Caribe a partir de la masividad de esclavos traídos desde África.<sup>2</sup> Constituye, en ese sentido, un aporte fundamental a la comprensión de esas nuevas formas de identidad surgidas como resultado de la interculturalidad y transculturación que la presencia africana ha significado en los procesos artísticos, de pensamiento y culturales en los pueblos caribeños a través del tiempo.

El camino del conocimiento, la revelación científica y la conciencia de la pertenencia a esos orígenes mezclados, así como la puesta en valor de sitios y valores patrimoniales —tanto materiales como inmateriales—, que han sido expresión libertaria del cimarronismo y el apalencamiento, son recursos en la lucha contra el racismo y la discriminación, así como fundamentos para un pensamiento caribeño que reconozca en África y sus diásporas un referente vivo y activo para una educación y una cultura del diálogo en la formación de las naciones caribeñas.

Todos estos aspectos y conceptos son imprescindibles en una visión histórica de los procesos de integración, pues no se trata solamente de esa presencia humana común a nuestros pueblos —la africana, por razones de la trata esclavista—, sino de toda una dinámica de desplazamientos y asentamientos al interior del Caribe mismo y más allá, que tuvieron lugar una vez que se produjo la abolición de la esclavitud.

Entonces, los exesclavos comenzaron una nueva etapa de incertidumbres en lo económico y social. Los movimientos humanos fueron muy intensos en

<sup>2</sup> Cfr. *Sitios de Memoria de la Ruta del esclavo en el Caribe latino*. Edición trilingüe (español-francés-inglés) en versión CD. Oficina Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe, s.f.

la búsqueda de alternativas de supervivencia. La construcción del Canal de Panamá pareció ser una posibilidad y generó una desterritorialización de la mano de obra que tuvo consecuencias que llegan hasta nuestros días en la formación de comunidades de hombres y mujeres dispersas por los territorios de las costas centroamericanas. Diásporas caribeñas que siguieron la ruta de las intervenciones estadounidenses y allí quedaron, entrampadas en el aislamiento y la pobreza. Comunidades procedentes de Haití, Jamaica y otras islas anglófonas caribeñas se asentaron en Cuba, en República Dominicana; otras, desde la isla grande, se instalaron en territorio jamaicano o puertorriqueño. En fin, un movimiento humano de gran envergadura que es imposible desconocer, social y culturalmente, cuando se piensa en la agenda contemporánea de la integración.

José Martí, a través de sus recorridos para organizar la “guerra necesaria”,<sup>3</sup> en los años finales de su vida, refiere haber encontrado compatriotas por doquier, “manzanilleros que andan por aquí, y a la mujer de José del Carmen Perea y a los Rendón que han venido de Oriente” (2003: 72). En el periódico *Patria* —con palabras conmovedoras— rindió tributo a Mariana Grajales, heroica madre de Antonio Maceo, que murió en la emigración en Jamaica (José Martí, t. v: 25-27). En general, Martí hablaba con fervor “de las cubanas y cubanos de toda virtud [...], nos hemos sentido como uno con los dominicanos y haitianos y jamaicanos, con los cubanos tenaces de Santo Domingo y los industrioses de Haití y los inolvidables de Jamaica” (t. II: 173-174). Ese trato amistoso adquiere fuerza mayor en su *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, en el que la interpersonalidad domina el relato a través del uso de nombres propios y los lugares adquieren valores afectivos y sentimentales en las expresiones del narrador. Las historias de vida adquieren mucha fuerza, la de Nicolás Ramírez, “que de guajiro insurrecto se ha hecho médico y boticario” (t. XIX: 190), la de Montesino, que estuvo con él en el presidio, y vive ahora en Dajabón. De ese pueblo fronterizo, entre Haití y República Dominicana, salió Martí con caballo, ron, vino y pan ofrecidos con sinceridad por los amigos, para continuar el camino y llegar al siguiente día a la casa del haitiano Ulpiano Dellundé, a quien dedicó un poema que resume en sus versos el espíritu de un poeta comprometido con su ideal y agradecido por los afectos que encontró en el camino,

¡Ni sé de alivio mayor  
al corazón que se abrasa,  
que el sol y el café en la casa  
de la amistad y el amor! (tomo XVII: 223).

<sup>3</sup> Sobre este tema se encuentra en proceso editorial, en la revista *Cuadernos Americanos*, el texto de mi autoría, “José Martí: imaginario cultural antillano, caribeño y nuestroamericano”, en el que se profundiza sobre esa visión martiana de nuestros pueblos.

Estas visiones “integradoras” resultan esenciales para cimentar, desde lo profundo, las visiones integracionistas de los días que corren a través de estos, y muchos otros, puentes culturales, pues el proceso ha continuado a lo largo del siglo XX. George Lamming precisa que “Barbados proveía más de cincuenta mil trabajadores a Guyana y a Trinidad”, y hacia esa isla se desplazaban poblaciones provenientes de San Vicente, Granada y hasta San Martín. Se dificulta saber en realidad las cifras de estos procesos migratorios porque —precisa—, “entonces como ahora, están condenados a la categoría de ilegales”. El autor cree, y así lo aclara, que “la migración no es en sí un medio o argumento adecuado para realizar el objetivo de la integración regional, con lo que queremos decir la unificación de las distintas partes en un todo”, pero para quienes se concentran en las estadísticas de la mano de obra o en las legalidades de los que se ponen en movimiento, es lamentable que quede al margen “la solidaridad cultural que apuntala y sostiene esta búsqueda fugitiva de mejor fortuna” (2000: 38 y 39).

La educación y la cultura son caminos para recuperar y proteger ese legado fuera de las estigmatizaciones y los estereotipos, para superar la descualificación de los valores populares donde se instalaron estos desplazamientos humanos, y las transfiguraciones generadas desde la alteridad donde se asentaron los aportes de estas culturas desterritorializadas. Habitar la diferencia y comprenderla desde su interior es tarea fundamental, y se inicia desde los libros de lectura, de historia, con los que el niño entra en contacto con su contexto y en la formación de su vocabulario inicial. Grandes esfuerzos se han hecho en ese sentido por parte de pedagogos, escritores y artistas para poner en manos de las niñas, niños y jóvenes un acercamiento auténtico a la realidad cultural e histórica de sus países en muchos de los territorios caribeños, donde antes se decía que la historia comenzó con la llegada de los conquistadores, en los que se hacía página en blanco ante los horrores de la esclavitud y los documentos metropolitanos que la sustentaban legalmente. Compilar y estudiar estos temas constituye un aporte esencial a la comprensión del “pecado original” de la enseñanza caribeña. Mostrarlos, exponerlos, difundir los resultados de esos estudios es tarea mayor que debe comprometer los esfuerzos de la agenda integracionista.

## NUEVOS DIÁLOGOS INTERREGIONALES

En los últimos treinta años del pasado siglo se consolidaron los procesos de independencia de los territorios anglófonos del Caribe insular y continental y se inauguraron nuevas modalidades de intercambio como la CARICOM (1973).

Otras formas de asociación e integración fueron instauradas y los países del Caribe establecieron nuevos diálogos interregionales que adquirieron diverso carácter hasta nuestros días, extendiéndose a la noción geopolítica a Gran Caribe, con la fundación de la Asociación de Estados del Caribe (1994) y con una visión aún más extendida y más reciente en el ALBA (2004).

Como resultado de los procesos de independencia de los territorios anglófonos del Caribe a partir de 1962 se produjo un cambio en la situación estratégica y geopolítica de la región. Fue a partir de la década de los 70 que un grupo de esos países restableció sus relaciones con Cuba, que había permanecido dentro de una situación de aislamiento en relación con los países caribeños y también latinoamericanos —digna excepción de México—, que habían interrumpido sus relaciones con la isla después de que fuera expulsada de la OEA en 1962. Para pensar la integración caribeña, tal como se comenzó a dimensionar en los últimos treinta años del pasado siglo y a través de institucionales multinacionales como las ya mencionadas, ese cambio en las condiciones del Caribe resultaba si no imprescindible, muy necesario.

El año de 1975, entre los meses de abril y julio, fue muy significativo en ese sentido: Forbes Burnham, Primer Ministro de la República Cooperativa de Guyana; Eric Williams, Primer Ministro de Trinidad y Tobago y Michael Manley, Primer Ministro de Jamaica, visitaron Cuba y tuvieron importantes encuentros políticos, culturales y académicos en el país. Desde 1972,<sup>4</sup> la Comunidad de los Países del Caribe anglófono había creado un espacio cultural que se interesaba en propiciar el conocimiento entre las islas caribeñas dentro de una visión de integración, colaboración e intercambio: Carifesta.

En 1979 el acontecimiento tuvo lugar en Cuba y diversas instituciones acogieron los eventos. La Casa de las Américas (1959) fue un espacio insignia para la realización de múltiples actividades artísticas y allí tuvo lugar el Primer Encuentro de Intelectuales del Caribe, con la presencia de figuras del pensamiento y la escritura como Jean Carew, George Lamming, Kamau Brathwait, Ernest Pépin, entre muchos otros relevantes. En ese año, la Casa de las Américas creó un Centro Especializado en Estudios del Caribe. Dos años después se inauguró, en Santiago de Cuba, la Casa del Caribe, y apareció su excelente revista *Del Caribe* y los Festivales del Fuego, con la apertura a la cultura de la región en sus más diversas prácticas populares. El Centro de Estudios del Caribe en Casa de las Américas inició también la publicación de su revista *Anales del Caribe*.

<sup>4</sup> El primero de estos Festivales tuvo lugar en Guyana (1972) y el siguiente en Jamaica (1976).



Esta sucesión de acontecimientos situaban a Cuba en condiciones más ventajosas para entablar un sistema de relaciones orgánico y coherente con el Caribe desde el punto de vista de los diálogos, los intercambios y las redes culturales. Al recordar la significación del encuentro de intelectuales en La Habana, el escritor guadalupeño Ernest Pépin expresó que “el orgullo que percibí fue inmenso, por ser la primera vez que vi reunidos a los pueblos del área en una manifestación cultural de alto nivel”.<sup>5</sup>

Alejo Carpentier en sus palabras durante el mencionado encuentro dijo que el Carifesta en La Habana sería “algo más que un conjunto de regocijos y de músicas, es algo más que una fiesta, es algo como un ritual de identificación... podremos confrontar lo que nos une y lo que nos distingue, lo que nos hace semejantes y a la vez lo que nos singulariza, lo particular y lo general, lo que es genuinamente de unos y lo que es patrimonio de todos” (1998: 143-157). Se detuvo Carpentier en un amplio listado de nombres que —dijo— fueron claves en la fundación de un pensamiento caribeño. Mencionó entre ellos a Simón Bolívar, cuya gesta libertaria fue apoyada por el Almirante Brion, que era de Curazao, lo que —precisa— no fue una excepción en los procesos de lucha de la región, y añade:

Pétion, presidente de Haití, fue aquel que pidió a Bolívar, a cambio de la ayuda moral y de la ayuda material en su guerra, la abolición de la esclavitud en Venezuela, que, si bien no se produjo inmediatamente, fue una de las primeras en producirse. Heredia, el gran poeta romántico, el más grande poeta romántico, que era cubano, y era hijo, sin embargo, de venezolano, del regente Heredia de Venezuela. Máximo Gómez sabemos que era dominicano. Los padres de los Maceo habían peleado en la guerra de independencia de Venezuela (143-157).

Es en estos grandes hombres, y varios otros que menciona en su texto, encuentra Carpentier la fundación de un “humanismo caribe” y con ellos —indica— “se va haciendo cada vez más la gran integración caribeña”, pues

Nunca limitaron su acción, su pensamiento, su ejemplo, al ámbito propio, sino que se proyectaban hacia los pueblos vecinos. Hubo intercambio de hombres como hubo intercambio de ideas. Hubo siempre entre nosotros anhelo de entendimiento mutuo dentro de aspiraciones que nos eran comunes [...]. Máximo Gómez peleando por la independencia de Cuba; un cubano, Francisco Javier Yanes, firma el acta independencia de Venezuela [...]. Los ejemplos son incontables (143-157).

<sup>5</sup> “Cuba: llama destacado escritor de Guadalupe a unidad de intelectuales del Caribe”. Disponible en: <http://www.radioenciclopedia.cu/noticias/cuba-llama-destacado-escriptor-guadalupe-unidad-intelectuales-caribe-20120816/>

Se trata de una lección imprescindible para comprendernos históricamente integrados en el proceso actual de las agendas integracionistas. Las historias transversales de nuestros próceres, sus acciones cruzadas, estuvieron inspiradas en un laboreo conjunto que resulta forzoso distinguir y destacar en la enseñanza y en la tarea cultural para los nuevos diálogos interregionales, pues no comenzaron ahora, sino cuando los gestores de pueblos y de pensamiento trenzaban lazos entre sus orígenes, sus ideales y sus acciones. Concluye sus palabras el escritor, distinguiendo que el común destino para el Caribe “no deja lugar a dudas.”

En ese contexto de inquietudes y revelaciones se pueden indicar ciertos hitos bibliográficos por esos mismos años. Por solo mencionar algunos fundamentales, la aparición de textos como *Calibán* de Roberto Fernández Retamar en 1971, *Capitalismo y esclavitud* de Eric Williams en 1975, *El Caribe a la hora de Cuba* de Gérard Pierre-Charles en 1980 y de *Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe frontera imperial* de Juan Bosch en 1981. Todos ellos se inscriben en el ámbito de una reflexión hacia el interior de las culturas caribeñas que no tenía precedentes.

#### LUGAR DE LA RELACIÓN

Todos estos libros esenciales tuvieron sus ediciones en la Casa de las Américas, y algunos de ellos resultaron ganadores del Premio Literario que con más de cincuenta años de existencia ha puesto a disposición de los lectores no solo nuevos autores, sino también nuevos temas. La revista *Casa de las Américas* nació con la institución, solo unos meses después de su creación en abril de 1959, lo que la hace parte esencial de su memoria e historia. El Caribe ha tenido en esas ediciones un espacio importante en correspondencia con la vocación latinoamericana y caribeña de la Casa, como solemos llamarla familiarmente.

Para la cartografía regional de islas diseminadas y zonas costeras que las rodean desde la territorialidad continental, la Casa de las Américas ha sido un centro de confluencias a partir de sus publicaciones, eventos, encuentros, exposiciones, festivales de teatro, danza y música. Por su carácter multidisciplinario, la Casa ha sido un espacio de excelencia para revelar la riqueza y diversidad de las culturas caribeñas (cfr. [www.casadelasamericas.org](http://www.casadelasamericas.org)).

El Caribe es un universo donde lo geográfico, lo histórico y lo social se han hecho inclusivos en los imaginarios culturales. Édouard Glissant aportó una dimensión fundacional al universo intelectual caribeño, al comprender el Caribe en ese *fluir* de relaciones que conecta lo archipiélico con el *Tout-Monde*. Esa versión inédita de independencia cultural reconocía a los pueblos

y culturas, híbridas y mezcladas, como un proceso muy intenso de confrontaciones y cruzamientos. Así se definieron pueblos culturalmente distintos de los patrones metropolitanos, aun cuando la geopolítica indicara otra cosa. El proceso ha sido profundamente cultural por el modo en que los valores se han confrontado y han derivado a un ser caribeño diverso en su propia diversidad.

Por eso el Caribe como lugar común de la relación no es un sitio de la geografía, es un sentimiento de pertenencia a esa comunidad que se explora y se trasciende, y es una geografía también interior que se desplaza hacia sus diásporas dispersas. Édouard Glissant fue un creador de espacios compartidos que vivió con intensidad sus recorridos y, como viajero infatigable, descubrió el mundo con sus desplazamientos, pero sus múltiples trayectorias fueron un permanente retorno a sus raíces culturales y hacia sí mismo. Para la dimensión integracionista, el lugar común de la relación es un centro gravitacional abierto a la comprensión cultural del Caribe en un ámbito rizomático: así lo llamó Glissant, tanto al interior de la región como en su relación con el resto del mundo.

Esos lugares comunes de la relación se expresan en valores culturales, nacidos de las preguntas y las respuestas generadoras de otras nuevas interpe-laciones que revisitan la existencia social regional. Música, danza, oralidad, visualidad son valores de ese compendio de autenticidad liberadora, así como la gestualidad, porque el cuerpo fue una posesión para el que nada poseía, aun cuando las legislaciones establecieran lo contrario; ese acto de pertenencia es un legado cultural de la mayor envergadura. La esclavitud de tantos siglos no pudo someter la libertad gestual, imaginativa y creadora de esta comunidad de pueblos.

Como sujeto de islas, Édouard Glissant las enlazó, las atravesó y las interconectó para ganar territorio fértil donde crear. La integración crece en las escalas de los lugares comunes de la relación. Son sitios identitarios, espacios que se encuentran interconectados con el *Tout-Monde*. Se trata de otra territorialidad. Son sitios simbólicos para constatar y descubrir. En ese espacio figurado se acumulan y concilian fuentes y referencias, conviven mundos diversos, porque esos lugares comunes pertenecen al universo de la cultura. Las islas del Caribe, por las sublimes paradojas del viaje, real o imaginado, crean la posibilidad del punto de encuentro, lugar donde culmina un trayecto y se avizora el diálogo fecundo con la otra parte. Ese punto en el camino se revela abierto para itinerarios futuros.

La Casa de las Américas ha sido y es uno de esos lugares comunes de la relación en la cartografía insular caribeña, un sitio que escapa de todo encerramiento, donde los amigos vienen y vuelven, porque aquí se desdibujan los márgenes de una cartografía cultural hegemónica, y se fomenta la verdadera

experiencia nustramericana , al observar de manera crítica las aparentes oposiciones extremas entre lo lógico e ilógico, el pasado y el presente, el desarrollo y el subdesarrollo, lo artesanal y lo profesional, lo culto y lo popular, lo urbano y lo rural, lo público y lo privado, lo escrito y lo oral. En la Casa de las Américas, la integración es latente en la relación, es lugar común para la cultura y la educación.

Casa de las Américas ha comprendido, y muy bien, el papel de los pensadores, intelectuales y poetas, y cómo ellos presagiaron y sostuvieron —en palabras, sonidos e imágenes— la existencia de nuestras naciones culturales en un proceso de síntesis sin precedentes, cargado de intensas zonas polémicas para descifrar el pasado y comprender mejor el presente. Es un lugar donde se sabe que la cultura no sólo emerge de la riqueza espiritual de los pueblos, sino que nos plantea misiones para su difusión, su proyección y la defensa de sus valores. No basta que esa cultura exista, es necesario contribuir al diálogo y al intercambio que la enriquecen.

Por eso, las Antillas, en plural, son muchas islas, pero el Caribe, en singular, es la unidad de su diversidad, una construcción intelectual para redimir su cultura. Ese lugar para cualquier corta o larga estadía tendrá como posibilidad una isla —ficcional o real, insular o continental, presente en su geografía o fuera de ella—, donde las travesías empiezan o terminan, pero donde, según cuentan los navegantes, tuvieron siempre la seguridad de no naufragar.

## CARIFESTA, 1992

La celebración de los Carifesta continuó, con algunos paréntesis más o menos largos. En 1992 tuvo lugar en Trinidad y Tobago, y el discurso inaugural<sup>6</sup> correspondió al escritor barbadense George Lamming (nacido en 1927), bien conocido por su repertorio en obras de poesía, novela y ensayos. Comenzó ese discurso con una frase de George Beckford, representante del New World Group en el que también se destacó Loyd Best, que expresaba: “Nosotros en el Caribe estamos ya integrados. Los gobiernos son los únicos que lo ignoran.” Evidentemente tomar estas palabras como *exergo* de su discurso permite imaginar el trayecto que seguirían sus palabras, orientadas sobre el tema que interesa a estas reflexiones.

Su apoyo fundamental en el análisis que desarrolló resulta hartamente consecuente con un tema que le ha interesado a Lamming a través del tiempo, al que

<sup>6</sup> Este discurso integra el volumen *Regreso, regreso al hogar. Conversaciones II* (2000). St. Martin: House of Nehesi Publishers, con Introducción de Rex Nettleford y traducción al español de Roberto Márquez.

ha explorado y sobre el cual ha hecho aportaciones esenciales: el tema de la lengua, cuestión que se “encuentra en el centro y horizonte de toda conciencia humana. La lengua no se hereda —precisa—, cada niño, en cada cultura, tiene que aprenderla como iniciación necesaria a la sociedad. Es, acaso la más sagrada de las creaciones humanas” (2000: 34).

Pero el autor toma estas referencias como recurso crítico, pues cree que “el debate sobre la integración regional ha sido dirigido por hombres y mujeres, que en su mayoría, ignoran estas verdades fundamentales”. Y entonces el autor se concentra en ciertas palabras y en sus valores, como “desarrollo”, “ingreso per cápita”, “nivel de vida”, por ejemplo. Todas estas denominaciones forman parte del lenguaje de quienes tienen a su cargo, casi completamente, el debate regional sobre la integración, se refiere a “economistas, ministros de gobierno y tecnócratas de las ciencias sociales”. Expresa su preocupación por las cifras y estadísticas en que esas palabras adquieren sentido y la distancia que las separa de la observación de la gente en su vivir cotidiano, “esos hombres y mujeres que jamás piensan en sí mismos como porcentaje de nada”.

Estas preocupaciones del gran escritor evidencian un conflicto en relación con el tema integracionista. Insiste en la separación entre la realidad y los indicadores porque —dice—, “el debate sobre la integración regional ha sido dirigido por hombres y mujeres que, en su mayoría, ignoran estas verdades fundamentales”: el contenido humano de la sociedad y las relaciones sociales que la caracterizan. Vuelve sobre el aspecto de la lengua para afirmar que a veces el vocabulario técnico no sólo “contradice toda realidad”, sino que “insulta a los pobres”, que no se sienten reconocidos en esas cifras que, en sus niveles macro, se muestran indescifrables y difíciles de comprender. Afirma que

Veinte años después de Chaguaramas —y casi medio siglo desde la Conferencia de la Bahía de Montego— el debate sobre la integración regional ha sido limitado casi exclusivamente al estrecho escenario de los directorios políticos y a algunos de los más diligentes e ingeniosos tecnócratas de nuestro tiempo...

Lanning reclama “considerar nuevamente el proceso de integración regional que requiere un nuevo y radical tipo de actitud concentrada en el pensamiento y en la práctica de la mayoría excluida”.

La educación y la cultura son caminos fundamentales para equilibrar estas tendencias e instaurar procesos de conocimiento donde lo económico, lo financiero y lo social entablen modos de comunicación más asequibles a los diferentes sectores de la sociedad. Mientras, el autor se inquieta por el modo en que se alientan ciertos intereses de los sectores de la clase media en los procesos de privatización de la región y emplea ciertas metáforas en ese sentido,

como la posible transformación de la sociedad caribeña en una gasolinera, por ejemplo. Y más adelante señala que

en Barbados, una finca antes próspera de caña de azúcar con colinas y campos, está a punto de convertirse en lugar de recreo para extranjeros que juegan el golf... La industria turística repetirá la lección de nuestra primera experiencia con la plantación cuando el azúcar era la base material de nuestra sobrevivencia y el centro de nuestra más profunda humillación (2000: 36).

Estos hechos que relata el escritor son asuntos que conciernen a la contemporaneidad en las islas del Mar Caribe. Tanto que Kamau Brathwaite, escritor también barbadense, ofrece su propio testimonio, que resulta, por revelador, sorprendente:

tengo que enfrentar mi dolor personal por la pérdida de mi casa en Cow Pastor, en Barbados. Están expropiando mi casa para hacer un campo de golf. Me acaban de notificar que iban a tomar la propiedad el 30 de junio, es decir, hace unos cuantos días, y tengo que decidir cómo voy a responder (2011: 24).

Así van las cosas en términos de la escalada turística que comienza a “integrarnos” en cuanto a una cantidad de otras cuestiones que vienen con ella, y se incorporan a la agenda integracionista los temas de un turismo sustentable, los impactos medioambientales y las consecuencias sociales y culturales que pueden traer aparejados estos y otros múltiples problemas. La imaginación creadora sigue atenta los acontecimientos. Sus fabulaciones no evaden el tema de los nuevos circuitos marítimos, de la evasión en las islas del trópico *paradise*, de atractivos y estables colores —verdes, amarillos y azules— tan útiles a los mensajes publicitarios de la nueva industria del placer.

Convertido en un gran campo de golf, presentó la artista barbadense Annalee Davis, el mapa del Caribe en la X Bienal de La Habana (2009), bajo el título “Just beyond my imagination” (2007). Este enunciado es el *slogan* publicitario del producto turístico en esa isla, un territorio que tiene uno de los más altos índices de visitantes cada año en la región. El mapa del Mar Caribe se aprecia como un amplio campo de golf, deporte de élite asociado a los espacios de turismo de excelencia.

Desde la noción del juego, la artista habla en serio. Satiriza y trata irónicamente la extensión turística y sus apropiaciones del espacio, revelando toda la vulnerabilidad de sus significados. Cuando se observa el mapa en el que cada isla se convierte en orificio para colar la pelota, queda la evidencia de un espacio incompleto. La mitad occidental de la isla que significa Haití, no aparece. Haití no juega en este *juego*. Si bien el país ha lanzado recientemente

una estrategia de desarrollo turístico que se inscribe dentro de las tendencias del Desarrollo del Milenio,<sup>7</sup> como lo refiere Annalee Davis en su obra, Haití es un espacio vacío en el campo de golf del archipiélago turístico con su mar convertido en verde césped artificial.

La obra, realizada por una de las figuras más destacadas de la plástica contemporánea en su país y en la región, muestra la madurez conceptual de su propuesta y la hondura de sus concepciones sobre temas cruciales de la vida social de la región en nuestros días. Annalee Davis asume las configuraciones de los territorios, no ya como la mera delimitación física de un lugar, sino como sitios para explorar los discursos críticos de estos tiempos.

## EXPERIENCIAS DESDE EL ARTE

En el campo específico de la historia del arte, las alusiones al Caribe quedaban fragmentadas y sólo estudiadas en períodos puntuales de las artes latinoamericanas, en los que el concepto mismo de Caribe resultaba diluido e incompleto pues, entrampado en los términos y denominaciones, el Caribe anglófono y el holandés estaban excluidos de los estudios latinoamericanos, así como también el de los territorios francófonos, aunque entraran en la denominación mayor de latinos. Los espacios continentales abarcaban la casi totalidad del tiempo de estudio. De modo que otorgarle personalidad propia al Caribe en el currículo académico de pregrado y posgrado de las especialidades artísticas<sup>8</sup> ha sido una tarea intensa en los últimos treinta años. En la Universidad cubana, fueron pioneras en esos estudios las especialidades de historia, geografía, letras y lenguas en el campo de las ciencias sociales y humanísticas. Se trató de un proceso que en Cuba estuvo fuertemente asociado a la perspectiva caribeña que comenzó a aflorar en los espacios académicos como signo coyuntural de un proceso mayor político y social, nacional y regional.

La historia del arte ha superado en el presente muchas de las limitaciones que reducían su capacidad para discurrir sobre el arte de los terrenos tercermundistas. Surgida en los países del norte, se mostraba desvalida para historiar el arte del sur. Como disciplina moderna, se sustentaba sobre un conocimiento parcial del universo artístico, al orientar su atención preferente

<sup>7</sup> Cfr. [http://www.alertadigital.com/index2.php?option=com\\_content&do\\_pdf=1&id=63039](http://www.alertadigital.com/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id=63039)

<sup>8</sup> Como profesora en la Universidad de La Habana, fundé en 1985 la Cátedra de Arte del Caribe en el Departamento de Historia del Arte de la Facultad de Artes y Letras, donde se imparte desde entonces, ahora definida en el plan de estudios vigente como una disciplina con tres cursos que transitan por las artes del Caribe desde sus orígenes hasta nuestros días. En un semestre, se imparte también en el Instituto Superior de Arte de Cuba.

hacia las llamadas bellas artes, producidas profesionalmente, dirigidas a un público de galerías y museos, asociadas a circuitos y mercados artísticos. Ello parceló esos estudios y desvió la atención de ciertos campos artísticos hacia lo arqueológico, lo antropológico y lo etnológico esencialmente: áreas a las que quedaron apartadas muchas expresiones visuales que no entraban dentro del canon. La historia del arte segmentó la realidad artística por escuelas, estilos y movimientos, que por no ser aplicables a ciertos tipos de prácticas artísticas, no encontraban definición dentro de esos modelos. Para historiar el arte de países emergentes, descentrados y periféricos, como los del Caribe, según la cartografía artística hegemónica y euro-occidental, lo esencial era entonces problematizar el concepto mismo de arte y cuestionar el fundamento modélico de esa historia del arte para abarcar un universo visual de otras significaciones. La tarea fue compleja y de sumo interés.

Por su parte, ciertas orientaciones de los estudios sociales contemporáneos sobre temas de multiculturalidad estimularon las indagaciones hacia la diversidad, la racialidad y los conflictos de género que han encontrado en el Caribe un laboratorio de especial relevancia y significación. Pero, en ese contexto, la realización en Cuba de la Primera Bienal de La Habana en 1984 fue un punto de giro importantísimo en relación con el arte de los países del sur, al declararse una mega exposición tercermundista y ser muy significativa la presencia del Caribe en este evento, lo que resultó absolutamente inédito en relación con otros similares ya existentes en la escala internacional.

Antes se había creado la Bienal del Grabado Latinoamericano en San Juan de Puerto Rico (1970), transformada ya en este siglo en la Trienal Poli/Gráfica, y después de la Bienal de La Habana, Cuba (1984), surgió la Bienal de Pintura del Caribe y Centroamérica (1992) en Santo Domingo, República Dominicana, que en los dos mil también devino en Trienal de Arte del Caribe con un carácter temático. Todos fueron lugares propicios para un mayor dinamismo artístico dentro del archipiélago insular, creando —desde él— un efecto de cascada (aquí debería haber dicho efecto de bola de nieve, pero prefiero la imagen de cascada por ser más tropical, fresca y sonora). Con estas bienales se inauguraron momentos importantes de confrontación y diálogo entre los artistas, críticos y curadores del Caribe, de Latinoamérica y de más allá, revelándose en ellos las múltiples conexiones que a través del tiempo habían creado los intelectuales y los artistas.

Sobre todo, la Bienal de La Habana, que dedicó su segunda edición a la plástica caribeña, y que por su propuesta abierta en cuanto a las tendencias del arte contemporáneo constituyó un sitio de redescubrimiento para los artistas del Caribe en el uso de otros posibles modos de hacer y en la puesta en valor de los que ya empleaban. El carácter esencialmente temático de esas bienales



reveló a los artistas caribeños que sus múltiples incertidumbres e inquietudes eran compartidas por creadores de lugares cercanos y distantes en el mapamundi tercermundista. Desde la Bienal de La Habana se tejieron redes de similitudes y disimilitudes que hacían más amplia y segura la mirada del artista caribeño ante sí mismo y ante su propia contemporaneidad. La presencia en estos eventos de creadores, críticos, curadores y comisarios del ámbito regional e internacional propició, desde dentro, el lanzamiento de proyectos que entablaron conexiones de diversa índole con otros territorios del Caribe —tanto insular como continental—, y actuaron como multiplicadores en el propio archipiélago y fuera de él.

Fue relevante la presencia de los artistas del Caribe no sólo en su aspecto cuantitativo, sino porque, además de incluir reconocidas figuras que marcaron pautas en las nóminas caribeñas, contribuyó a dar a conocer nuevos valores de la plástica regional. Por primera vez en un evento de esta envergadura, mostraron obras de artistas de Surinam y Guyana, Aruba, Bahamas y Curazao, por ejemplo. Desde la Bienal se construyó un espacio fundamental para la investigación y los estudios caribeños de arte, al aportar una documentación de gran valor, contar con la presencia mayoritaria de los artistas *in situ* y permitir revelar la comprensión de tantos y tantos procesos comunes dentro de una gran diversidad de expresiones y tendencias artísticas.

Todos fueron factores esenciales para los caminos de la integración entre nuestros pueblos. Para favorecer las conexiones emancipatorias desde la creación artística y el pensamiento, sobre las historias que nos han atravesado al margen de las contingencias políticas. Una contraofensiva al aislamiento y a la fragmentación creada por la historia colonial hará más capaces a los pueblos del Caribe de comprender la integración como un vínculo profundo nacido desde las bases constitutivas de nuestras identidades.

## IDENTIDAD, MEMORIA E INTEGRACIÓN

En la agenda contemporánea para la puesta en marcha de los ideales integracionistas, el panorama se muestra complejo para los estudios caribeños: cómo hacer aflorar la necesaria sistematicidad que exige la organización del conocimiento, cuáles son los problemas teórico-metodológicos que los estudios caribeños nos plantean desde las diferentes disciplinas y cómo activar la necesaria transversalidad que solicitan las tendencias pedagógicas contemporáneas.

La memoria es nutritiva para la integración. No se trata sólo de recordar, pues el recuerdo puede ser ocasional y hasta engañoso: se trata sobre todo de no olvidar por el reconocimiento y el conocimiento. La memoria no es

sólo un arsenal, es también, y sobre todo en el Caribe, un acto de resistencia. Significa reconstituir los paradigmas y resituar los márgenes de los espacios excluidos, comprender la multiplicidad genética de nuestros pueblos desde la hibridez y el mestizaje que identifica a esta región del mundo, sin ignorar la restitución necesaria de los sujetos en su entorno para una verdadera ecología medioambiental de la diversidad.

Al servicio mayor de la gran utopía integracionista de los pueblos del Caribe, deben contribuir los centros de formación, las universidades, los lectores comunes, las bibliotecas, el internet, las ediciones, los medios de comunicación, la gestión cultural, las políticas educativas, la formación de redes, las coordinaciones regionales. Mientras no se logre revertir la imagen del Caribe en las redes sociales, seremos cómplices y parte de una dimensión fetichista, folklorista y exótica de la región en pleno siglo XXI. Póngase en cualquier buscador de Internet la palabra Caribe, y se podrá apreciar la imagen de playas y hoteles que se presenta como oferta.

La labor de equipo y la búsqueda en conjunto de las claves interpretativas de los procesos en la región, articulando lo histórico, lo económico, lo social, lo cultural y lo ambiental desde nociones antropológicas y humanistas, con una visión integradora a través de talleres curriculares y cursos concebidos con búsquedas retrospectivas para una observación crítica y contemporánea, favorecen la tensión reflexiva para intentar que estos estudios respondan al reto de esa necesaria transversalidad del conocimiento científico. Se trata de sembrar semillas sobre el terreno abonado de los estudios caribeños en el momento actual, cuando existen centros especializados, instituciones docentes y científicas en las que el Caribe ocupa un centro de atención profesional, a la vez que con ello favorecer una estructura más orgánica y una relación interdisciplinaria que redundará en las miradas cruzadas que el Caribe y sus estudios necesitan y en muchas ocasiones exigen.

Colocar en el centro de las inquietudes la enseñanza del Caribe podría significar una excelente oportunidad para debatir sobre vías para la cooperación universitaria, para la creación de una red articulada de instituciones, un sistema de relaciones académicas y científicas entre centros de educación superior e instituciones afines en la geografía dispersa de las islas. Un acercamiento de territorios más o menos distantes a través de la ciencia y del conocimiento. Se trata de una necesidad y de un imperativo para el futuro. Cómo lograr una acción más orgánicamente articulada y hacerla efectiva en el ámbito de la enseñanza y la cultura del Caribe.

Situar la educación superior en el centro de la cooperación regional habla por sí misma de un redimensionamiento de nuestras propias instituciones universitarias, algunas jóvenes, otras más experimentadas, otras nacidas de

las históricas universidades europeas durante los siglos de colonización, otras surgidas bajo cédulas reales y pontificias —como la Universidad de La Habana, fundada en 1728.

Formar las inteligencias del futuro capaces de diseñar las soluciones necesarias para el desarrollo de nuestros países caribeños y sus complejos procesos de auto-reconocimiento científico e intelectual ha significado la construcción y comprensión de nuestras propias identidades, inclusivas y multiétnicas. Cómo diseñar programas coherentes y de impacto que no se limiten sólo a las vías académicas curriculares y que reconozcan la multiplicidad de alternativas para enseñar el Caribe; cómo interpenetrar los saberes y comprender la diversidad como una cualidad esencial de esos estudios; cómo construir las pasarelas de conocimiento para los diálogos interculturales tan necesarios en nuestro tiempo.

A simple vista parece que la identidad nos acerca a la integración. Sin embargo, no basta con sentir esa identidad si no se comprende y se estudia con sistematicidad y desde dentro, desde el diálogo que la enriquece. Ya sabemos que la cooperación no puede sustentarse sobre bases estrictamente económicas y comerciales, aun cuando los modelos neoliberales y globalizadores, la fragilidad de las economías de nuestros países y las herencias deformadoras de la dependencia, así como la agudización de los fenómenos naturales, crean imperativos de asociación y de cooperación en ese sentido. Desde su fundación, la Caricom y otras formas de asociación en el Caribe han previsto en sus bases la cooperación educacional y cultural, así como la prestación de servicios comunes también en las áreas de salud y conocimientos científicos.

Lo que no se conoce no existe; de la enseñanza y la cultura depende también, y en mucho, que el Caribe exista. Pero las estrategias integracionistas deben ser múltiples y abarcar la esfera de la educación básica ante la permanencia de altos índices de analfabetismo, y orientarse también a todos los sectores de la educación, en la enseñanza de los idiomas y en la mejor difusión del pensamiento de los hombres que fundaron y desarrollan un pensamiento caribeño.

Al inaugurarse el siglo XXI, las investigaciones y los estudios caribeños se encuentran en un punto de máxima tensión, la complejidad de los procesos de esta región en todos los órdenes presupone el trabajo en equipos interdisciplinarios y la máxima apertura al conocimiento; el reto de comprender el carácter contradictorio de la modernidad en la que se inserta el Caribe dentro del hemisferio occidental será una contribución fundamental a los problemas de los estudios culturales en esta parte del mundo, para comprendernos integrados cuando parece cerrarse un capítulo con la postmodernidad, el postcolonialismo y del fin de la historia.

## BIBLIOGRAFÍA

- BRATHWAITE, Kamau (2001), *Los danzantes del tiempo. Antología poética*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- CARPENTIER, Alejo (1998), “La cultura de los pueblos que habitan las tierras del Mar Caribe”, en *Visión de América*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- LAMMING, George (2000), *Regreso, regreso al hogar*. St. Martin: House of Nehesi Publishers.
- MARTÍ, José (2003), “Carta a Antonio Maceo” (Kingston, 25 de junio de 1894), en RAMÍREZ GARCÍA, Rafael, comp., *Martí-Maceo: cartas cruzadas*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- MOREJÓN, Nancy (2004), “Afroamérica, ¿la invisible? Aproximación a una poética del Caribe”, en *Poética de los altares*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- NÚÑEZ JIMÉNEZ, Antonio (1988), *Informe de la Expedición*. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana: Serie Expedición en Canoa del Amazonas al Caribe, 1º de enero.
- PÉPIN, Ernest (2012) “Cuba: llama destacado escritor de Guadalupe a unidad de intelectuales del Caribe”. Disponible en: <http://www.radioenciclopedia.cu/noticias/cuba-llama-destacado-escritor-guadalupe-unidad-intelectuales-caribe-20120816/>
- UNESCO, “La ruta del esclavo”. Disponible en: <http://www.unesco.org/new/es/social-and-human-sciences/themes/slave-route/>
- , *Sitios de Memoria de la Ruta del esclavo en el Caribe latino*. Edición trilingüe (español-francés-inglés) en versión CD. Oficina Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe.
- WOOD PUJOLS, Yolanda (2008), “Enseñar el Caribe, para que el Caribe exista”, en *Recherches haitiano-antillaises*, núm. 6, 33.
- (2014), “El Caribe, un lugar de la relación”, en *La Ventana*. Portal informativo de la Casa de las Américas.
- (2015), “José Martí: imaginario cultural antillano, caribeño y nuestroamericano”, en *Cuadernos Americanos*, vol. 4, núm. 154, 11-38.